

tienen que ver con la pertenencia a un clan y mitad determinadas. En algunos casos se han adoptado nombres mexicanos. Con excepción del jefe y de su esposa, que gozan de ciertos privilegios especiales, se puede decir que las relaciones sociales entre los quicapús son igualitarias en cuanto a prerrogativas y responsabilidades. La única prohibición para el matrimonio es la consanguinidad y aunque se conocen casos incestuosos no son castigados ya que se considera que sus autores están embrujados. No cuentan con un ceremonial formal, excepto en los matrimonios mixtos. Los esponsales se anuncian generalmente después de consumados.

Los quicapús poseen una gran conciencia de sí mismos, se tienen en gran estima y no se arredran ante la presencia de extraños. Prefieren su cultura a cualquier otra. Consideran que son el centro del orbe y que su mundo indio es diferente a todos los demás, lo que se liga a su creencia de que éste terminará cuando abandonen su tradicional forma de vida desarrollada en torno a su religión, que se traduce en un calendario ceremonial bastante amplio. Otro factor importante que funciona como efectivo medio de control social es la brujería.

En suma, consideramos que el libro de que nos ocupamos, referente al mundo entre mágico y moderno de los quicapús, es un buen ejemplo monográfico —a pesar de que a veces se siente un poco pesado— sobre este grupo indígena bastante especial en el cual poco a poco, y a pesar de los esfuerzos de sus miembros por evitarlo, se observa un proceso de desintegración.

Jesús MONJARÁS-RUIZ

Centro de Investigaciones Superiores
INAH

ALBERT STAGG: *The Almadás and Alamos — 1783-1867*, Tucson, University of Arizona Press, 1978, 173 pp., bibl., ilus.

Este libro continúa la narración épica de la historia de la provincia de Sonora que Albert Stagg inició en su libro *The first bishop of Sonora — Antonio de los Reyes, o.f.m.** Ésta, que

* Véase mi reseña en *Diálogos*, 75 (El Colegio de México, may.-jun. 1977), p. 34.

podría ser una segunda parte de esa historia, es una reminiscencia de la vida de los descendientes del sobrino del obispo, Antonio Almada, quien se había preparado como soldado y había adquirido algunos conocimientos sobre minería con el propósito de emigrar a Nueva España a la sombra del inquieto franciscano. El obispo Reyes había podido cambiar la sede de la silla episcopal de Arizpe a Álamos, real de minas, que al decir del visitador de Sonora, J. Rafael Rodríguez Gallardo, en 1750, era "la corte de esa tierra". Bartolomé Salido, prominente residente de Álamos, preparó calurosa recepción al obispo, acompañado de su pupila la rica heredera Luz de Alvarado, quien pronto se convirtió en la esposa del recién llegado Antonio Almada. Así fue como los Almada quedaron vinculados a Álamos.

En este estudio, como en el anterior, el autor revela su capacidad para hacer resaltar los acontecimientos que le dan singularidad a su historia. Ciertamente hubo muchos peninsulares que en el siglo XVIII pasaron a Nueva España a casarse con ricas herederas y lograr con ello una posición social y económica que en la península no tenían, pero el autor tuvo el acierto o la fortuna (porque a él le liga un lejano parentesco con los Almada) de escoger este caso, que tienen por escenario las tierras nuevas de las provincias internas, para reconstruir, en su tránsito de la época colonial a la republicana, la vida y fortuna de una de esas familias criollas de reciente arraigo y que llegaron a ser poderosas.

Poniendo su atención sólo en los Almada, el autor no pretende hacer la historia de la región, ni explicar las causas y efectos del acontecer histórico en Sonora; es más, sólo menciona a aquellos residentes de Álamos que tuvieron que ver con los Almada. Él sólo quiere referir la vida de sus personajes en la medida que fueron afectados y participaron en los acontecimientos que se originaban a su alrededor.

El período que él ha estudiado (1783-1867) le permite reconstruir la vida de los ricos criollos Almada en Álamos, cuando éstos señores adquirieron prestigio y preeminencia. Cobra relevancia la historia de esa familia porque su presencia notoria en Álamos coincide con el período en el que parecía que la corona española lograría su intento de adelantar hacia el norte la frontera septentrional del virreinato y de dominar a los habitantes nativos, en el cual Sonora recibió marcada y preferente atención. Después de la

década de las guerras de independencia la situación fue otra y cambió cada pocos años, hasta el momento en que quedó claramente establecida la frontera de la nación mexicana mestiza.

El autor señala que la suerte de los Almada corrió más o menos pareja con la de Álamos. Así puede verse, pues Antonio Almada empezó su vida social y económica amparado por el respeto al obispo Reyes, y el prestigio y riqueza de su suegro Bartolomé Salido. Parece que con facilidad se incorporó al círculo de las familias españolas ("*aristocratic Spanish families*") que poblaban Sonora atraídas por las minas de metales preciosos y en calidad de funcionarios de la corona. Pero los Almada no fueron funcionarios de la corona, como tampoco lo fueron de la república. Cumplieron con servir a la comunidad en el gobierno municipal y estatal y como patrocinadores de empresas de beneficio social como ricos mineros que podían hacer sentir su peso en la sociedad a la que pertenecían.

La erección de Álamos en capital del estado de Occidente (1828-1831) favoreció la prepotencia de la familia. Cuando Hermosillo fue elegido como capital del estado de Sonora, después de la disolución del estado de Occidente, los Almada y Álamos quedaron alejados del centro del poder, situación que llevó al deterioro de su influencia, agravado por la lucha interna entre conservadores y liberales, en la que hubo Almadas tanto en uno como en otro bando político. Álamos quedó sólo como lugar de paso, y otras villas como Ures y Guaymas empezaron a prosperar. El crecimiento y disgregación consiguiente de la familia, la guerra de tres años y la intervención francesa por una parte y las borrascas de las minas, más la pérdida de ganado y el abandono de los ranchos a causa de las guerras civiles por otra, acabaron de disolver la preeminencia y el prestigio social que tuvo la familia cuando todos los hermanos vivían en Álamos y sus minas, ranchos y haciendas les proporcionaban grandes riquezas.

Mucho contribuyeron los cuatro hijos de Antonio, en una villa de siete mil habitantes (otros autores mencionan sólo tres mil quinientos), a poblar Álamos y sus alrededores. Pues, además de setenta y seis hijos que reconocían como suyos, dejaron otros muchos ilegítimos en sus minas, ranchos y haciendas. Parece que el clima saludable de Álamos favoreció la reproducción de Almadas.

Son atractivos los cuadros de costumbres que pinta el autor, en especial de la vida urbana de Álamos. Por ejemplo, el uso de

vasos, platos, jarras y hasta bacinicas de plata que las niñas de la familia hubieran cambiado gustosas por otras de porcelana o cristal; las tertulias en que las apuestas en los juegos de cartas eran considerables y que tenían lugar en las salas, adornadas con alfombras y candiles europeos; los paseos en coche de los domingos, el celo con que se vigilaba a las jóvenes y algunas descripciones, reconstruidas con ayuda de textos de la época, del beneficio de la plata.

No es fácil determinar en la narración si la interpretación que el autor da a los episodios de la historia de México es la suya o la de los Almada. Su procedimiento es sintetizar muchos acontecimientos históricos de esas décadas que él estudia y luego narrar cómo los diferentes Almadás reaccionaron ante ellos. Sea suya la interpretación o no, el lector encuentra en este libro un Álamos de grandes residencias habitadas por hermosas y atractivas mujeres y emprendedores e ilustrados empresarios, rodeada de campos y minas trabajados por yaquis, mayos y ópatas aparentemente conformes con su suerte. Quizá los habitantes nativos no fueran tan primitivos y sumisos ni los nuevos pobladores tan trabajadores y civilizados ni la situación tan idílica y pacífica como el autor los presenta, pero en cualquier caso, al referirse a los Almadás y a Álamos, el autor nos deja entrever las vicisitudes por las que pasó una villa española fronteriza y una sociedad cerrada y privilegiada cuando les faltaron los apoyos que las hicieron posibles.

María del Carmen VELÁZQUEZ
El Colegio de México

Isidro VIZCAYA CANALES: *En los albores de la independencia — Las Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla — 1810-1811*, Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1976, 340 pp., bibl., índice. «Serie Historia, 14.»

Aunque también se refiere a sucesos del norte mexicano, es muy distinto el libro de Isidro Vizcaya Canales del de Albert Stagg comentado por mí en la reseña inmediatamente anterior a ésta. El de